

como refinación de lo que a ella llevé conmigo" (p. 184). Para seguir los pasos de Cernuda durante esa fase de su vida, ningún estudio mejor que esta primera parte del libro.

En la segunda parte, Nadal nos ofrece un estudio de los temas que aparecen en la obra de Cernuda (en toda su poesía y no sólo en aquella parte escrita en Gran Bretaña). El análisis sufre una serie de defectos. En primer lugar, es incompleto: aunque sí trata temas primordiales como Amor, Dios, Tiempo, Muerte y Exilio, el autor no menciona en absoluto otro tema igualmente importante, sobre todo a partir de *Invocaciones* (1934-35): la noción que tenía Cernuda del poeta y de sus relaciones con la sociedad (la misma temática que acabamos de comentar al ocuparnos de su correspondencia). En segundo lugar, el análisis es esquemático: el autor en ningún momento se muestra sensible a la notoria evolución que hubo en el pensamiento de Cernuda a lo largo de los años. Por ejemplo: si bien hay narcisismo tanto en *Perfil del aire* (1927) como en *Desolación de la Quimera* (1962), la forma específica que asume esta temática, desde luego, no es la misma en las dos colecciones; Nadal, sin embargo, no atiende a estas distinciones. Finalmente, los comentarios que hace Nadal no siempre corresponden a un análisis textual: por querer ver una identificación completa entre el hombre Cernuda y la *persona* mítica proyectada en la poesía, el autor tiende a olvidarse de los versos para hablarnos del "acontecer personal" que está tras ellos. Muchas veces lo que nos dice al respecto resulta interesante (son muy reveladores, por ejemplo, los datos que aporta sobre la relación amorosa que inspiró los poemas de *Donde habite el olvido*); pero esta información, por muy útil que sea para el futuro biógrafo de Cernuda, ayuda muy poco a explicar la temática de sus versos.

Aunque lo que se propone es escribir un estudio temático, Nadal no puede resistir la tentación de darnos, a la vez, su opinión sobre los relativos méritos de los distintos poemas estudiados. Aquí tampoco logra convencer del todo. Según parece, el defecto principal que ve en la poesía de Cernuda consiste en el tono "con frecuencia malhumorado o despectivo, con frecuencia didáctico" con que el poeta se dirige a los demás (p. 199). Este tono lo atribu-

ye Nadal a la influencia en Cernuda de los poetas románticos, sobre todo los ingleses y alemanes. Es cierto que, por su identificación con el romanticismo, Cernuda llegó a veces a escribir poemas de resonancia decimonónica (aunque tampoco conviene exagerar esta vertiente de su obra, como hace Nadal al hablar, por ejemplo, del tono "panfletario" de *Los placeres prohibidos*). Fue un defecto que el mismo Cernuda reconoció y contra el cual libró una batalla constante. Sin embargo, de este intento por superar el romanticismo y escribir una poesía verdaderamente moderna no hay apreciación alguna en la crítica que nos ofrece Nadal. Éste no entiende, por ejemplo, la importancia para Cernuda del monólogo dramático; tampoco parece entender el propósito de las técnicas de desdoblamiento; para Nadal son meros "amaneramientos" de una poesía "que de entrada se diría querer excluir al lector" (p. 199). Desde luego, no responden a un propósito de este tipo sino al deseo del poeta de dramatizar el diálogo que se lleva a cabo entre las diferentes voces de su conciencia, "entre el hombre que sufre y el poeta que crea" (para citar la famosa frase de Eliot); y todo parece indicar que el lector moderno, por tener una conciencia igualmente dividida, no sólo no se siente excluido de esta poesía, sino que llega a identificarse con ella de una forma muy íntima. Si a Nadal no le interesa este tipo de diálogo es porque, como ya vimos, siempre busca confundir la voz del hombre con la voz del poeta. Es decir, a fin de cuentas Nadal resulta mucho más romántico que Cernuda; y, por eso mismo, sólo logra darnos una visión muy parcial de la obra de su amigo.

Pero sería injusto cerrar esta reseña con una nota negativa. Al dar su opinión sobre la poesía de Cernuda, el autor quería que fuera considerada como tal: como una visión muy personal y no como un estudio "objetivo" de tipo académico. En este sentido, hay que agradecerle la franqueza con que expresa sus puntos de vista, incluso cuando son desfavorables para el poeta; que uno no esté siempre de acuerdo, quizá sea lo de menos. Por otra parte, habría que reconocer el indudable interés que tienen muchos de sus comentarios: las indicaciones, por ejemplo, con respecto a los "préstamos" que toma Cernuda de otros poetas o las observaciones sobre las palabras "A mon-

seul désir" que figuran como lema al frente de *La realidad y el deseo*. Y, a fin de cuentas, por muy grandes que sean las deficiencias de esta segunda parte del libro, se ven más que compensadas por los magníficos logros de la primera.

James Valender

POR LA USANZA NO CATRINA

Luis González y González observa de José Fuentes Mares algo que bien se revira sobre sí mismo: "Indudablemente sigue la norma de practicar lo que predica." *La Querencia y Nueva invitación a la microhistoria*, son una dignísima muestra de la norma. Entre uno y otro libro se tejen vasos comunicantes que sintetizan el perfecto equilibrio del pensar y del actuar, del creer y del amar, del buscar y del encontrar; los dos libros son la unidad de las pasiones del autor: la microhistoria o historia patria y la región del occidente de México. Aunque ambos libros son compilaciones de artículos y conferencias más o menos dispersas, cada uno de ellos se integra sorprendentemente: tal parece que responden a una concepción previa como volúmenes. En *Nueva invitación a la microhistoria* reúne textos que responden a sus preocupaciones sobre el quehacer del historiador avocado a la historia patria, regional. *La Querencia* recoge escritos que versan sobre la trayectoria del oeste mexicano.

Así *Nueva invitación...*, que bien es la continuación de *Invitación a la microhistoria* (1973), concentra una medida crítica —ponderativa siempre; contraria ocasionalmente— a modos y modas de hacer historiografía (hace suya la crítica de Edmundo O'Gorman contra la historiografía científica: "...una manera de historia que permuta la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cualitativo"), reafirma la propuesta del imprescindible quehacer de la microhistoria dentro de las normas profesionales ("en la historia todos se meten como Pedro por

▲ Luis González y González: *Nueva invitación a la microhistoria*. Sep 80, México, 1982. *La Querencia*. Sep Michoacán, México, 1982

su casa"), y puntualiza la necesidad de volver sobre la historia crítica para así ocuparnos de los aspectos negativos de nuestro ser actual, y sobre la historia narrativa que nos permita recordar nuestra identidad cultural:

La intención del microhistoriador es sin duda conservadora; salvar del olvido el trabajo, el ocio, la costumbre, la religión y las creencias de nuestros mayores. Puede ser simultáneamente revolucionaria: hacer consciente al lugareño de su pasado propio a fin de vigorizar su espíritu y hacerlo resistente al imperialismo metropolitano o colonialismo interno, como también se llama.

Por su parte *La Querencia*, que bien puede ser una segunda sección de *La tierra donde estamos* (1971), podría tomarse como una crónica-reportaje de la trayectoria histórica de la región del occidente de México y, además, como un excelente ejemplo de las diferentes maneras y tonos para enfrentar el quehacer historiográfico. Entre las visiones panorámicas de la zona —"El oeste

mexicano"— y las visiones pormenorizadas de una región —"La Tierra Caliente"—, entre la presentación general de la historia de un estado de la república para un público lego —"Cardiogramas de Michoacán"—, y el desmenuzamiento de los elementos que pudieron influir en la aparición de un hecho específico —"El Bajío, cuna y cocina de la Independencia"—, Luis González y González hace crecer un entramado en que se contemplan tanto el paso del hombre a través de una historia como el paso de una historia a través de unos hombres.

A lo largo de todo el trayecto prevalece la prédica y la humildad de la microhistoria: "No ayuda a prever; simplemente a ver." Y con esto, una vez más, Luis González muestra, mas no demuestra, que la microhistoria es la alternativa más viable para intentar comprender los procesos regionales a partir de sus propias raíces y, simultáneamente, el recurso más asequible para "mantener el árbol ligado a sus raíces". Cabe aclarar que la historia patria tal como la concibe y hace no

conlleva una actitud pasiva o contemplativa. Por el contrario, *La Querencia* como antes *Pueblo en vilo* (1968) y *Zamora* (1978), son libros beligerantes en que el autor mira y presenta a su lector una historia crítica que abarca el pasado y el presente y, más ambicioso, aspira a una revelación de la conciencia histórica, a ser vehículo de identidad y a constituirse en base para nuevos proyectos regionales.

A su vez *Nueva invitación a la microhistoria* también es una proposición beligerante: romper con maneras más o menos establecidas de concebir y hacer historiografía. Con la aparición de *Pueblo en vilo*, Luis González y González alarmó a sus colegas por su modo para historiar: "el agotamiento crítico y veraz de las fuentes más amplias e inusitadas —apunta Enrique Krauze—, y el empleo de todos los métodos de indagación al pasado: de la historia oral al documento, del cuaderno casero al recuerdo". Desde entonces las búsquedas e incursión, la divulgación y explicación, la sistematización y enseñanza de la microhistoria han ocupado buen espacio de sus reflexiones y actividades; también desde entonces lucha a favor de una historia asequible a todos y cuestionante a las minorías encerradas en el claustro académico:

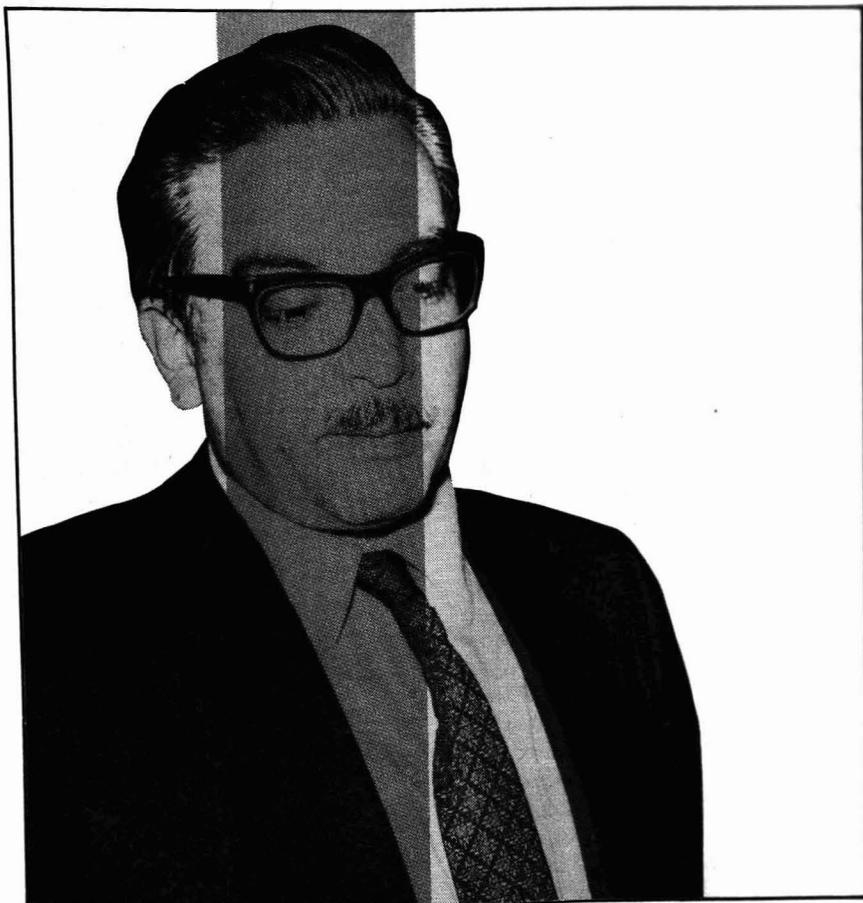
Lo bueno de la microhistoria es la expresión inspirada en el lenguaje común. Ni la pompa del pico de oro ni la desnuda monserga del científico. Sí el habla de los buenos conversadores, el encanto de los cuenteros. Sin encanto no hay microhistoria que valga.

Víctor Díaz Arciniega

LA IMAGINACIÓN COMO HISTORIA

A lo largo de toda su vida, desde los tiempos de la revista *Graphos* (1933-1946), en la que se da a conocer como poeta, ensayista, crítico, traductor y narrador, hasta aquellos en los que redacta *Fragmentos a su imán* y *Oppiano Licario*, libros voluntariamente inacaba-

▲ José Lezama Lima: *Imagen y posibilidad*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, 203 pp.



Luis González y González